

Érase una vez un gueco que tenía una extraña peculiaridad que a todos pasaba desapercibida.

Existir como gueco es una forma de ser que se confunde con las lagartijas. Ser un gueco, sin embargo, en este cuento, es singular especie de reptil.

Los guecos son unos sensuales lagartos de piel suave, en tonos brillantes, contagiados de la magia de la tierra que habitan; casi se podría decir que son los generadores de la misma.

Su capacidad de quietud resulta tan desapercibida como la serenidad intrínseca de la tierra es pasada por alto por los seres humanos que la recorren con mucha más ansia que prisa.

De entre todos los guecos del mundo y de todos los tiempos, uno, sólo uno, el que en estas líneas toma todo el protagonismo, ofrecía la peculiaridad de brillar especialmente los días de luna llena. Sí, justo en los días de luna llena el gueco de este relato brillaba con el dorado del sol mediterráneo, con ese dorado exactamente.

El gueco que brillaba como el sol cuando la luna más lucía, se llamaba Aztel.

Cualquier miembro de la especie de Aztel, vive individualmente entre la contemplación y el desplazamiento.

Visualicemos un rato su majestuosa y casi espeluznante quietud; porque resulta que si un ser humano llega a mimetizarse un pequeño tiempo con la inmovilidad de un gueco, puede llegar a conocer las bonanzas que la paz de corazón aporta. Si, observando

la quietud, se tiene la fortuna de presenciar uno de sus rápidos, concisos, cortos y determinantes desplazamientos... entonces, se percibe la sabiduría del fluir del tiempo, esa magia que puede hacer que avancen los momentos

sin que corra ningún reloj, encontrándose, en esos huecos atemporales que nadie cuenta, las pistas más certeras de lo que la vida es.

Las lagartijas no suelen tener nombre propio, los guecos tampoco, pero Aztel adoptó este apelativo para escuchar a la luna cuando le nombrara, cada veintiocho días, y brillar con ella al ritmo del tono solar.

A veces la luna le decía a Aztel que se moviera, a veces que permaneciera. Aztel la obedecía siempre sin rechistar, como obedece el día al sol y, precisamente, la noche a la luna.

La peculiaridad de Aztel –la de brillar en la luna llena con el tono dorado del sol mediterráneo- le había marcado desde su origen. En realidad, hacía muchos siglos, y muchos más lapsus de tiempo aún, que Aztel había gozado de esta secuencia vital marcada por el ritmo del pulso lunar.

Su origen no era el Mediterráneo.

Aztel había sido una divinidad de lo guecos en las tierras que fueron habitadas por la desaparecida cultura Azteca, muy lejos del mar de cuyo sol tomaba el brillo en los días de luna llena.

Había sobrevivido al incendio de la extinción, purificándose y fortaleciéndose en esa inigualable y eterna trascendencia que la supervivencia es.

No siempre se existe de la misma forma, ni los guecos ni las personas ni la materia ni la energía. Todo está cambiando siempre. Sólo la amalgama de todas las existencias permanece, sin llegar nunca a precisarse de igual manera.

Aztel había engendrado descendientes en la isla de Ibiza. El gueco se había multiplicado en lagartijas que le continuaban en esta isla del mediterráneo, muchos siglos después de desaparecer la cultura a la que debía nombre.

Aztel, a finales del siglo XX del calendario occidental, se había hecho de hierro y lucía en un brillo mate y agrisado en una tienda de souvenirs de la isla del archipiélago Pitiuso denominada Eivissa, representando a las lagartijas de esa tierra mágica tanto

como a todos los ancestros aztecas, y a sí mismo; y, por tanto, a la luna y al sol.

Él, en su ya serena quietud de hierro, recordaba que puede medirse el transcurrir por las lunas y por el sol, como hacían los aztecas, y tantas culturas antiguas y desaparecidas.

Ahora sólo quedaba el calendario solar, el que mide lo mundano y lo civil, ya no estaba en curso el calendario lunar que empezando por el día del lagarto, iba dividiendo los tiempos en actos ceremoniales y religiosos. De alguna manera, en esa isla, la luna seguía contando el transcurrir y, por ello, ahí se había inmortalizado nuestro gueco, en las femeninas lagartijas ibicencas.

Si hay algo de lo que un gueco carece, es de la prisa, de la urgencia, de la frustración por tanto.

Hoy Aztel era de hierro, como fue de sangre fría como la luna y piel brillante como el sol, ayer.

Se convirtió en un regalo ofrecido a una escritora, cuando la mujer se disponía a abandonar esa isla por exigencias del predominio solar; como un símbolo para que no olvidara las enseñanzas de quietud que los guecos ibicencos le habían aportado.

Aztel se hizo inseparable de aquella por él regalada, y la siguió en su transcurrir de estante en estante, siempre apareciendo por sorpresa como un recuerdo de sosiego en alguna caja, entre libros, mudanza tras mudanza.

Pero hete aquí que Aztel terminó viviendo donde la luna brilla con una fuerza inigualable y el sol se despereza cada mañana sobre el mar, haciéndole brillar como si la luna fuera agua salada: Aztel

llegó, con la mujer a la que fue regalado, hasta la ciudad donde la luna toma por apellido el nombre de la centenaria urbe, la cual es centro capital de la región de Levante, por donde el sol se asoma cada mañana.

Ya en Valencia, sucedió un eclipse de sol y Aztel fue desplazado por su propietaria desde una estantería hasta un clavo, colocado muy alto en la pared del estudio donde escribía. Aztel casi rozaba el techo con su cabeza, como si su aspiración fuera traspasarlo y saltar al cielo. Era un objeto, era movido por su dueña para celebrar el evento natural en que la luna se fundió con el sol por unos instantes y que para ella marcó su vida dándole un nuevo nombre como escritora: Luna Genovés.

Aztel, como gueco de hierro, allá donde le pusieran arrastraba su historia y el tiempo en que se había dado, como lo llevan tantos objetos en su forma sin que nos demos cuenta; y ahí se quedó Aztel.

Aztel era de hierro, sí, pero seguía conteniendo toda la vida que había experimentado hasta llegar a ser un souvenir en una tienda de la isla de Ibiza, más la observación de gueco -extrema por su condición metálica- al lado de la escritora que con ella siempre le llevaba, hasta mimetizarse con él en luna.

La mujer que contaba, sin darle importancia, con la presencia del gueco Aztel, vivía un renovador amanecer en su existencia, contemplando en la mañana el levante del sol desde su ventana para escribir; escribir... que era ...

...justo lo que hacía cuando conoció a los descendientes de Aztel que tanto la habían ayudado a contactar con las musas, al contemplarlos en su quietud...

La escritora Luna estaba a punto de volver a olvidar, una vez más, lo que ella era, lo que con los guecos de Ibiza había aprendido: comenzaba a moverse como si sólo el calendario solar pudiera orientar el ritmo de su nueva existencia.

Entonces, hubo un eclipse lunar.

Y la noche que la tierra tapó a la luna, mientras la mujer calmaba la entrada en el sueño de su hijo, se oyó un estrépito, más bien metálico en el estudio

donde ella escribía, al cual comenzaba a visitar cada vez con menos frecuencia.

Una vez su hijo se había tranquilizado y el eclipse lunar finalizó, entró un momento en su estudio buscando el origen del sonido metálico que había escuchado. No halló nada porque observó poco tiempo y sin calma. Incluso prefirió pensar que igual lo había imaginado.

Pasaban las semanas y la mujer se sentía cada vez más invadida por una extraña tristeza, mientras su ritmo lunar se perdía por exigencias del calendario solar, olvidando, demasiado a menudo, que su ser vivía la alegría escribiendo como Luna.

Un día, muy de mañana, recién salido el sol, la mujer entró en su estudio, se acercó a un mueble y encontró a Aztel sobre una repisa,

cómodamente aposentado, caído desde la altura del olvido.

Aztel había sido el origen del estrépito la noche del eclipse lunar, precipitándose ruidosamente desde la posición alta del clavo en que las manos de la mujer le habían situado el día del eclipse solar, día en que había adoptado por nombre Luna para escribir.

El gueco Aztel encontró esta forma de llamar la atención de la escritora, para decirle una vez más lo que ella era y tenía que ser como Luna, alguien que

alumbrara sin deslumbrar; se lo decía desde la quietud del hierro que no late pero, quizás, también esté vivo.

Entonces, Luna se movió, como se mueven los guecos, como de ellos había aprendido para escribir. Se movió la mujer y escribió este cuento, en el que se quiere homenajear la peculiaridad de un souvenir con forma de lagartija ibicenca que contiene el alma de un gueco que la hace moverse cuando le es preciso decir algo apropiado. Cuando no, habla con el silencio, fuera del tiempo, permanece inmóvil con la quietud de un objeto de hierro.

Los objetos no hablan ni se desplazan. ¿O sí?

El gueco de hierro Aztel y la escritora Luna, ahora viven en un cuento, hablan mientras les lees y se desplazan con el ritmo de tu alma al ser leídos. Desde aquí te dan las gracias y la enhorabuena por creer en lo numinoso que el calendario lunar va contando, mientras el calendario solar va enumerando todo lo práctico.

fin

Palabra de Aztel

RELAJACIÓN

CREATIVIDAD

literatura

CONSCIENCIA

SINCRONICIDAD

*Receta para cambio mental /entrenamiento para la percepción de la **sincronicidad***

*Registro diario de imágenes significativas que afloren desde el orden implicado en nuestra "flat land", vía **sincronicidad de eventos.***

"El cambio consiste en pasar de ver un mundo hecho de cosas a ver un mundo abierto y fundamentalmente hecho de relaciones"

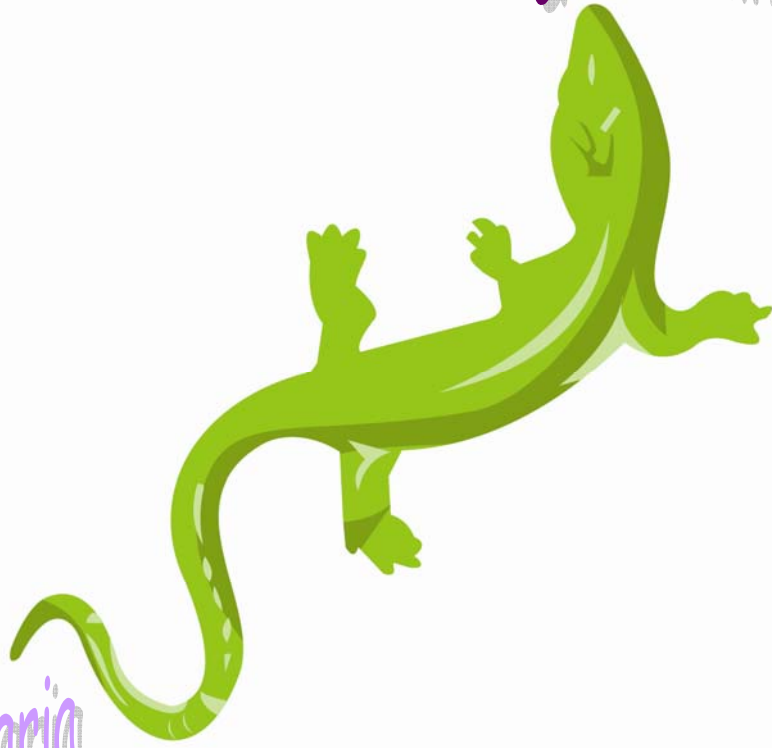
"Sincronicidad, un camino interior hacia el liderazgo" Joseph Jaworski

Tomar un tiempo cada día, al anochecer, hacer una llamada a la calma, cerrar los ojos unos minutos, dejar que pase por la mente lo que quiera pasar, retener las cinco primeras imágenes, sin juzgar, valorar ni clasificar.

Apuntar estas imágenes sin muchas palabras, los hechos que encierran, las sensaciones.

Visitar a su coach una vez por semana o en los tiempos establecidos

a la realidad gueco



de la ficción literaria

Paz en Presente

RELAJACIÓN

coachinGueco

CuadernoGueco

CREATIVIDAD

CONSCIENCIA

literatura

SINCRONICIDAD

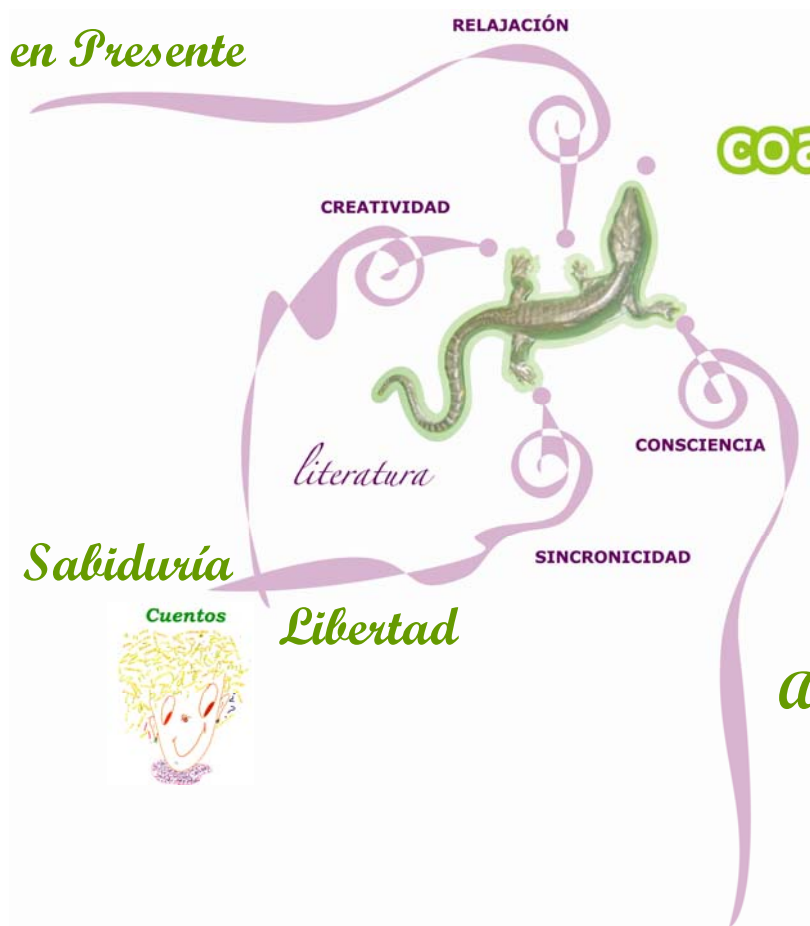
Sabiduría

Cuentos



Libertad

Autoconocimiento





Gueco Objetivo

Gueco:

OBJETIVO : *Ver el mundo hecho fundamentalmente de relaciones*

Meta consciencia: *percibir y detectar señales de sincronicidad*

Meta sincronicidad: *dejar de ver casualidades y comenzar a fluir con sincronidades*

Meta relajación: *relajar con respiración antes de anotar en este cuaderno*

Meta creatividad: *realizar acciones desde señales de sincronicidad sin razonar con "un por qué no"*

Registra durante un mes según receta de sincronicidad dada en este cuaderno